

A woman with long dark hair, wearing a black one-piece swimsuit, is floating on her back in a swimming pool. The water is a vibrant turquoise color. The pool is set on a light-colored stone tile deck. At the top of the frame, the bottom of an orange umbrella is visible.

UNA MENTIRA PERFECTA

Seis mansiones, seis secretos,
una víctima.

Todos tienen motivos.

JO SPAIN

 Planeta

JO SPAIN

UNA MENTIRA PERFECTA

Traducción de
Pilar de la Peña Minguell

 Planeta

Título original: *Dirty Little Secrets*

© Joanne Spain, 2019

Publicado de acuerdo con Bent Agency UK Ltd. a través de International Editors' Co.

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2022

ISBN: 978-84-08-26158-2

Depósito legal: B. 10.199-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

PRÓLOGO

La muerte acechaba Valle Marchito.
En cada rincón, en cada susurro.
Solo que aún no lo sabían.

El moscardón no tenía ni idea de que iba a morir. Ascendió zumbando hacia el cielo azul, con el cálido sol brillándole en las alas y su refulgente vientre metalizado a reventar de células y sangre humanas. No vio que el mirlo descendía en picado, con el pico abierto. Tampoco oyó el crujido de satisfacción que puso un fin prematuro a su vida corta y gozosa.

El mirlo prosiguió su descenso. Allí, al otro lado del sicomoro, saliendo en bandada de la chimenea de la casita, había más aperitivos en pleno vuelo. Cientos de ellos, insectos alados, gorditos y jugosos. No vio al niño con su supermetrallera ni las balas de goma EVA que había modificado para causar el máximo daño posible con lo que debía ser un juguete de mínimo impacto. Cuando el misil le acertó, saltaron en todas direcciones plumas de color pizarra. La muerte y la gravedad arrojaron al pájaro sobre las ramas altas del árbol, desde las que fue cayendo los treinta metros, pun-pun-pun, hasta un trocito de césped blando que había debajo.

El niño, que corría sin aliento hacia la presa abatida, no vio a su madre salir de pronto por la puerta de la cocina e ir a por él;

el graznido del ave y el chillido del crío la habían hecho olvidar de golpe la ausencia de su amante. Vio enseguida lo que había hecho su hijo, pero, antes de que pudiera echarle el guante, el niño señaló al cielo y dijo, con un pasmo aún mayor que el que le había producido el ave muerta: «¡Joooder!», y pese a las ganas de castigarlo el doble, la madre alzó la vista hacia el nubarrón que veía con el rabillo del ojo, una masa zumbante, negra y amenazadora de moscardones que escapaba por la chimenea de la casa de la vecina.

La madre se tapó la boca con la mano. Aquel enjambre solo podía significar una cosa, y no era buena. Lo que fuera que hubiese ocurrido en casa de su vecina, desde luego, ella no lo había visto venir.

En otro tiempo, todos habían procurado ser buenos vecinos, y hacía apenas un par de años ese esfuerzo se había materializado en una fiesta al aire libre.

Nadie recordaba quién la había propuesto: Alison, que era nueva por entonces, aseguraba que había sido idea de Olive; Chrissy pensaba que había sido cosa de Ron; Ed suponía que de David. Nadie imaginó que pudiera habersele ocurrido a George, no porque no fuese un tío simpático, sino porque era supertímido y no se lo figuraban diciendo: «¡Oye!, ¿hacemos una fiesta para celebrar las vacaciones de verano?».

Sin embargo, había sido precisamente George el que más se había esmerado. Su casa, la del 1, era la más grande de la urbanización, y él, claro, el que más dinero tenía (bueno, su familia, porque todos sabían que la finca era de su padre). Aquel día, George, muy generoso, sacó cuatro botellas de champán, un cajón de cerveza de verdad y unos recipientes inmensos de tofes y gominolas que se añadieron al surtido aleatorio de aperitivos

dulces y salados dispuesto ya en la mesa de tijera. Las empalagosas gominolas se encontraban entre los grandes cuencos de arroz *jollof* con plátano frito que David había aportado.

Los adultos habían deambulado nerviosos unos alrededor de los otros, a pesar de que la mayoría eran profesionales acostumbrados a socializar y hacer el paripé: Matt era contable, Lily era profesora en un colegio, David trabajaba en inversiones, George era maquetaador, Alison tenía una tienda, Ed era jubilado de no se sabía qué sector, pero con lo que fuera se había forrado. En realidad, todos tenían dinero, o al menos lo aparentaban. Su estatus social era equivalente y hacía años que vivían cerca.

Aun así, los adultos de Valle Marchito no estaban a gusto unos con otros. En un entorno doméstico, sin trajear y lejos de sus despachos, a metros de distancia de sus propios domicilios, todos ellos experimentaban una extraña incomodidad, como si tuvieran que estar más relajados de lo que estaban, conocerse más de lo que se conocían.

Los niños, obligados a ser el centro de atención y con mucha más responsabilidad a pesar de ser poquísimos, jugaban al fútbol para entretenerse. Los mellizos no tenían ni idea. Wolf chutaba fuerte, como si el balón le fuera a contagiar alguna enfermedad y tuviera que quitárselo de en medio cuanto antes. Lily May, su hermana, en vez de defender la portería, se defendía del balón, retorciéndose cada vez que apuntaba hacia ella y chupándose sin parar las puntas de las trenzas. Cam, un par de años mayor y mucho más bruto, era un niño superviolento que reaccionaba con la indignación de John McEnroe cada vez que le llamaban la atención. Y Holly..., bueno, se quedaba un poco al margen, cohibida, aburrida y muerta de vergüenza, porque, aun teniendo edad para hacer de canguro, era demasiado joven para estar con los adultos.

Por alguna razón, a pesar del alcohol, las raciones generosas de comida, el calorcito del sol y el empeño de Ron en que los mayores jugaran también un partido, la fiesta no cuajó. De haberle preguntado a cualquiera de ellos por qué, todos se habrían encogido de hombros, incapaces de explicarlo con convencimiento. Pero si se les hubiera obligado a pensarlo bien...

Olive Collins había ido de grupo en grupo, charlando con las mujeres, coqueteando inocentemente con los hombres, intentando entretener a los niños..., siendo, en definitiva, una «anfítriona» sociable y simpática.

De las siete viviendas que componían la privilegiada urbanización de Valle Marchito, la de Olive era la más pequeña y, sin duda, la más distinta, y, de todos los vecinos, ella era probablemente la que menos encajaba. Tampoco es que lo pensara nadie o, si lo pensaban, no lo decían. La calle en forma de herradura era una zona común. Además, salvo Alison, nadie pensaba que Olive hubiera propuesto la fiesta (ella era más de tú a tú), pero se había puesto al mando. Al ser la vecina más veterana, tenía la horrible manía de actuar como si la urbanización fuera suya.

Poco a poco, fueron retirándose. Chrissy, que ni siquiera había querido ir, se llevó a casa a Cam agarrándolo fuerte del hombro; Matt se escabulló fiel detrás de los suyos. Alison le enhebró el brazo a su hija, Holly, y ambas se marcharon sonriendo y dando las gracias a todo el mundo. Ron, el ligón, se largó con dos botellines de cerveza y un guiño pícaro. Ed insinuó que podían continuar la fiesta en su casa, hasta que su mujer, Amelia, le recordó en voz bien alta que cogían un vuelo a primera hora del día siguiente. David, impaciente por volver a sus dominios, se llevó a casa a los mellizos, Wolf y Lily May, que siguieron a su padre como patitos detrás de mamá pata.

Lily le dijo a David que enseguida iba y se ofreció a ayudar a George a recoger lo que quedaba del cajón de cerveza. De todos

los vecinos, aquellos dos habían logrado entablar una amistad insólita pero sincera, algo de palique a la puerta de casa y poco más, pero al menos tenían trato en una urbanización donde no abundaba.

Solo se quedó Olive doblando los manteles de cuadros que había llevado ella.

—Olive parece algo triste —comentó George cuando ya no los oía.

—¿Sí? —dijo Lily volviéndose a mirar con disimulo a su vecina y barriéndose los hombros desnudos con la coleta de rastas que llevaba aquel día.

Olive juntaba los extremos del mantel decaída, el flequillo por los ojos y la rebeca abotonada hasta arriba. Una figura solitaria.

—Bueno, tú eres un soltero interesante, George —le soltó Lily.

—Y tú la santa del barrio —replicó él.

—Tengo que acostar a los mellizos.

—Y yo que acostarme a mí mismo. Solo.

Sonrieron nerviosos. A ninguno de los dos le apetecía invitar a Olive a una copa en su casa. La vecina era siempre amabilísima, pero ambos sabían lo acertado que era el dicho: «Quien contigo de otros chismorrea con otros chismorrea de ti».

—Igual Alison... —comentó Lily al ver a la madre de Holly salir de su vivienda en dirección a Olive.

Alison aún no tenía calado a todo el mundo, pero todo el mundo creía tenerla calada a ella. Era una buenaza, un pedazo de pan.

—Ah —contestó George.

Se habían librado. Alison empezó a charlar con Olive y la otra asintió contenta. Luego se fueron juntas a casa de Olive.

Menos mal que estaba la encantadora Alison.

Pobre Olive. Le costaba tanto relajarse. Aun entonces.

Aun antes de empezar a sembrar de verdad el caos en la vida de sus vecinos.

NEWS TODAY
EDICIÓN ELECTRÓNICA

1 de junio de 2017

Según un portavoz de la policía, el cadáver de una mujer hallado ayer en su domicilio podría llevar allí casi tres meses.

El espantoso descubrimiento se hizo después de que una residente de la lujosa urbanización en la que vivía la mujer se pusiera en contacto con los servicios de emergencias alegando preocupación por la finca de su vecina.

Los agentes de la zona tuvieron que entrar por la fuerza en el domicilio de la mujer para comprobar dónde se encontraba y si estaba a salvo. Tras hallar su cadáver, se personó en el lugar de los hechos una unidad de la policía científica.

Aún no se ha desvelado la identidad de la mujer, únicamente que la fallecida tenía cincuenta y tantos años, y vivía sola. La causa de la muerte sigue siendo un misterio y se determinará cuando se le practique la autopsia, prevista para hoy.

La vivienda se encuentra situada en una tranquila zona residencial a las afueras de la localidad de Marwood, en Wicklow. Esta mañana sus vecinos se han mostrado horrorizados al saber que su muerte había pasado inadvertida tanto tiempo.

De momento, nadie de la propia urbanización ha querido hablar con los medios.

OLIVE
LA DEL 4

Al principio estaba sola. Antes de que mi casa tuviera número. Antes de que llegaran los otros.

No era mi intención vivir a las afueras del pueblo yo sola. Terminé allí por casualidad. No podía permitirme ninguna de las casas que se vendían en la calle mayor del pueblo. Ni en las perpendiculares. Ni en las perpendiculares de las perpendiculares. El sueldo de la consejería de salud, donde trabajaba como logopeda infantil, no estaba mal, pero no me llegaba.

Como los precios no me permitían adquirir una vivienda donde me había criado, un día de 1988 crucé en coche el puente y dejé atrás el precioso bosque que salpicaba buena parte de mi condado natal. Justo al lado, y antes de llegar a las tierras de John Berry, vi la casita. El dueño había muerto hacía meses y todos sabíamos que su hijo, por entonces inmigrante ilegal en Estados Unidos, no pensaba volver. Un hogar no servía de mucho si no encontrabas un trabajo que te gustara, además de darte de comer, y nadie se iba de Estados Unidos cuando conseguía entrar. Era cuestión de que el de la inmobiliaria lo llamara y le dijera que había una persona dispuesta a librarlo de la casa. La compré a precio de ganga bajo promesa de enviarle algunos efectos personales.

—¿En Valle Marchito? —me preguntó mi madre sorprendida y horrorizada—. ¿Cómo se te ocurre buscar nada ahí?, ¿te has vuelto loca?

—Ha venido a buscarme ella a mí —reí yo—. Es lo único que me puedo permitir.

Mis padres solo conocían Valle Marchito por su historia. A comienzos del siglo xx, un agricultor impetuoso y seguramente borracho decidió acabar con las plagas de sus tierras rociándolas de arsénico a lo loco. Al hacerlo, envenenó todas sus cosechas, que marchitaron y murieron en los campos.

—Pero está muy lejos —protestó mi madre—. ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Está a unos minutos en coche —contesté yo—. Y ya tengo veintiséis años, mamá. ¡No me voy a quedar en casa eternamente!

En realidad, habría dado igual que me hubiera mudado a la Luna. Tuve que seguir yendo a ver a mis padres todas las noches al salir del trabajo, camino de casa, hasta que murieron los dos, con un año de diferencia, diez años después.

Tras el periodo inicial de duelo, descubrí que me alegraba poder ir directa a casa todas las noches. Que estuviera apartada y tuviera que vivir sola no me importaba al principio. Estaba cansada de andar de aquí para allá, antes de que mis padres enfermaran y durante su enfermedad. No se me ocurría nada más agradable que llegar del trabajo a una casa limpia y solitaria, con algo de comida para llevar, una película, una botella de vino..., sin tener que ir a ningún sitio ni atender ninguna obligación. Estuve así tan contenta..., no sé..., por lo menos un año.

Es cierto eso de que lo inusual es gozoso, pero mi rutina no tardó en convertirse en eso, una rutina, y según fue pasando el tiempo empecé a sentirme sola. No tenía hermanos ni amigos íntimos, ni había previsto convertirme en una solterona: no tuve una epifanía ni decidí de pronto que me entusiasmaba tanto mi vida que me iba a quedar sola. En todo caso, estaba convencida de que iba a llevar una vida convencional. No era pre-

cisamente una mujer hermosa y delicada, pero, desde luego, no era fea y nunca tuve problema para encontrar novio. Sin embargo, por lo que fuera, jamás conocí a nadie con quien me apeteciera sentar la cabeza, o por quien me apeteciera hacerlo. Estaba destinada a formar una unidad.

Pero sí que disfrutaba de la compañía. Por eso, cuando en 2001 John Berry me soltó de pronto que las tierras en las que se había construido mi casita le pertenecían y que se las había vendido a una promotora para que edificara en ellas, solo me preocupó si mi hogar seguiría en pie.

—¡Por supuesto! —me aseguró—. No tiene la propiedad absoluta, pero ha pagado por la casa y es suya. Ese tipo tendría que comprársela, pero no tiene intención de hacerlo. Va a construir alrededor de su vivienda, pero tampoco mucho, solo unas cuantas casas para ver qué tal. Será una urbanización de lujo con fincas grandes y caras para gente rica e importante, de esos a los que les gusta preservar su intimidad. Valle Marchito al lado mismo de Marwood, un pueblo entero a la puerta de su casa. Se van a vender muy bien.

—¿Va a conservar el nombre? —pregunté espantada.

Con el nuevo milenio, se habían ido levantando urbanizaciones de ese tipo por todo el país, idénticas a aquellas mansiones americanas para privilegiados, solo que esas tenían nombres sacados directamente del manual de Los Ángeles: Las Colinas, Los Altos, La Ribera...

—Sí, sí, lo va a mantener —contestó Berry—. Le encanta. Piensa que le da un atractivo único. Cree que va a dinamitar la cotización de las fincas de la zona.

Vi construir una a una las casas a mi alrededor, en un semicírculo. Aun siendo grandes, cada una era distinta y todas tenían un diseño de calidad. Además, como no había dos iguales, la mía, mucho más pequeña, no desentonaba demasiado. De

hecho, cuando el promotor trajo a los paisajistas, cercaron las otras con el mismo seto que yo tenía en la mía, para darle a Valle Marchito cierta homogeneidad.

Por desgracia, le quedó un poquitín más elegante de lo que pretendía. Se le fue de las manos y nos convirtió en comunidad «cerrada». Colgó un rótulo grande de hierro forjado en el centro de la verja por si a alguien le costaba encontrar Valle Marchito, el único enclave en kilómetros a la redonda entre Marwood y el pueblo siguiente, al otro lado del bosque. Pasé de vivir en una casita perdida en los límites de la civilización a formar parte de un club de élite.

Según iban mudándose mis vecinos, fui dándoles la bienvenida de forma sincera y generosa. Las viviendas se numeraron del 1 al 7, y mi casita, tras un pequeño debate con el promotor sobre qué lugar debía ocupar yo en su complejo, recibió el número 4. Justo en medio de todo.

Algunos vinieron para quedarse; otros se mudaron allí y al poco se fueron y llegaron nuevos vecinos. A mí todos me parecían intrusos. Procuraba ser simpática con todo el mundo. Confío en que se acuerden de eso, de que me esforcé.

Los policías, ellos y ellas, que andan rondando mi cadáver ahora mismo aún no saben nada de mi historia. No saben nada de nada, en realidad. Se han pasado las últimas veinticuatro horas intentando deshacerse de moscas, gusanos y otras plagas que saben que asolan la casa aunque no las vean, como ratas y ratones. Los mordiscos que tengo en los dedos de las manos y los pies son prueba de su existencia. Lo asombroso es que quede algo de mí.

Es por el calor. Después de una primavera inusualmente fría y un verano adelantado, no se me estaba dando mal, ahí sentada, descomponiéndome en silencio en el sillón, el mismo sobre el que Ron, el del 7, me tuvo doblada durante tres minutos y

medio de sexo desaforado la víspera de mi muerte para luego largarse con mis bragas en el bolsillo. Espero, por su bien, que se haya deshecho de ellas. A finales de mayo, el tiempo se volvió loco y las temperaturas subieron muchísimo y trajeron a mi salón toda clase de porquerías.

Es increíble la cantidad de tiempo que me han dejado tirada mis vecinos. Ni uno, ni uno solo, vino a verme. Ni siquiera Ron. Y Chrissy solo ha llamado a la policía cuando ha creído que mi casita podía convertirse en un riesgo para la salud pública.

¿Tanto me odiaban?

Esos pobres inspectores... casi me dan pena. Van a tardar una eternidad en averiguar quién me ha asesinado.